

**Rafael Santos Torroella: «Hernández Pijuán – Subirachs», *El Noticiero Universal*, 12 de mayo de 1971**

Un pintor, Hernández Pijuán, y un escultor, Subirachs, han conjurado diferentes muestras de su obra gráfica –dibujos originales, aguafuertes y litografías- en la exposición conjunta que realizan actualmente en la sala lanua. Muy diversos entre sí, tienen, no obstante, algunas notas comunes, tales como, por ejemplo, el rigor expresivo, ciertas alusiones a la precisión matemática y un peculiar realismo que pudiera condensarse en la conocida frase d'orsiana de “elevar la anécdota a categoría”. Uno y otro regresados de la abstracción, en su vuelta a la realidad mantienen un talante meditativo que acaso sea lo mejor de aquella.

Los temas de Hernández Pijuán –con su papel milimetrado, como soporte, en los dibujos- adquieren, por esa especie de silencio aritmético que les sirve de fondo y acompañamiento, una sutil vibración misteriosa: la copa de cristal, el huevo, la manzana partida y, junto con estos objetos tan reiterados en él, la tijera, la llave y el mínimo desnudo académico, que aparecen en sus nuevas obras, tiene una presencia como descendida de no se qué metafísicas trascendencias que, en cualquier caso, se nos impone con paradójica gravedad rotunda de lo enigmático. Siempre ha habido en el pintor, incluso en su época informalista, algo de zurbaranesco, que ahora se nos aparece más quintaesenciado en esa soledad absorta con que se nos muestran tales objetos, a cuyas austeras delimitaciones sirven de contrapunto aunque sin mermas de austeridad las gamas cromáticas que sitúa junto a ellos y que, más que referencias sensibles a lo pictórico, vienen a ser algo así como demostrables teoremas cromáticos detenidos en su mera y suficiente formulación.

En Subirachs hay una paralela desnudez en los motivos y en su presentación: cariátides, esferas, pedestales, moldes para el vaciado de esculturas, perfiles repetidos en separación de claro a oscuro, siluetas enfrentadas con líneas de fuga y, en un precioso aguafuerte, la torre de Pisa con su escorzo renacentista a sus pies; aquí y allá el “collage” de un naípe, un billete japonés o una cinta métrica añaden ciertos ribetes irónicos a la composición correspondiente. Hay más historicismo estético en las alusiones

figurativas de Subirachs, así como mayores concesiones lúdicas –metáforas plásticas, ideaciones inventivas cuyo punto de arranque pudiera hallarse en Chirico- en sus imágenes; pero también, como en el caso de Hernández Pijuán, la imaginación interviene con sus apetencias metafísicas de sumar la noción abstracta del tiempo –de un tiempo, aquí, histórico- a las realidades aludidas more geométrico.

Una exposición de obra gráfica en verdad interesante esta que nos brinda en estos días la sala lanua y en la cual dos de nuestros mejores artistas actuales se nos muestran en la plenitud, equilibrada y creadoramente reflexiva, de su producción.